

## Algunos relatos: "Silba, silba"

Samuel Linares



Image not found.

# Capítulo 1

Silba, silba.

todo estaba oscuro porque había una cinta negra que me cubría los ojos. ya habían pasado los tiempos en los que sentía miedo. ya no sentía mi respiración agitada ni mis manos sudorosas. sólo esperaba a que la mano que yo nunca veía me retirara la prenda que cubría mis ojos para poder observarme en el espejo. era un gran espejo. cuando era niño estaba en la casa en la que convivía con mis padres, en el diván. recuerdo haberme pasado noches enteras de mi infancia en aquél lugar oscuro y húmedo, reflejándome en el espejo iluminado tan sólo por una vela. siempre esperaba a que la cera terminara de derretirse para bajar a mi cama y dormirme. entonces lo disfrutaba, no había nada que me impidiera verme. tal vez lo que más miedo me daba allí, en mi sueño, sentado en la silla, era contemplarme de nuevo, arrugado y con el pelo canoso igual que un fantasma. era cierto que sólo pasaba unos segundos frente a mí mismo hasta que me despertaba, pero los pelos de la nuca se me erizaban y comenzaba a sentir frío por todo el cuerpo, porque la mirada de mi reflejo era fría y hostil. no tenía nada que ver con su expresión, sino con sus pupilas. sus ojos eran de un color gris apagado, casi blanco, que yo jamás había tenido. mis ojos eran verdes. la pesadilla me observaba sentado igual que yo en la silla. si sonreía, él sonreía. si fruncía el ceño, él lo fruncía. si lloraba, él reía. pero me acostumbré a él y a la mano que retiraba la oscuridad de mis ojos.

había estado sin alterarme durante décadas. sencillamente me tragaba el somnífero y cerraba los ojos, deseando que fuera una noche tranquila y oscura sin ojos que me observaran mientras yo sólo veía una pared de homogéneo y profundo color negro. deseaba que cuando despertara no hubiera nadie mirándome. deseaba que lloviera, anhelaba escuchar los truenos y la lluvia, el olor a humedad. eso me tranquilizaba. siempre había pensado que tenía que ver con el húmedo desván. jamás había soñado antes con el olor a lluvia. me había trasladado a una región del pasión singularmente cálida y seca, por motivos de trabajo. y mientras tragaba el somnífero en la habitación del hotel, escuché un trueno. me acerqué a la ventana y unas gotas comenzaban a caer. sentí alegría. me

acosté rápidamente y cerré los ojos, esperando no soñarme. de alguna manera, había relacionado la lluvia con el bienestar. todo en mi imaginación, en lo que se suponía que debía suceder, iba bien. pero cuando estuve sentado en la silla, con los ojos cubiertos, me vi presa de un miedo y de un pánico propios de un infante. volvía a ser un niño asustadizo, como la primera vez que tuve la pesadilla. y se escuchaban los relámpagos, las gotas de lluvia caían cada vez con más fuerza y sentía la fría brisa pluvial en mis ropas, refrescándolas. convertía en escarcha el sudor de mi frente.

la espera volvió a hacérseme eterna. la mano que tenía que desanudar mi oscuridad estaba perdida, pero la escuchaba tras de mí chasqueando los dedos al compás de la canción. nunca había hecho eso. nunca había habido canción. jamás había tratado de moverme porque no creí que solucionaría nada, y no lo solucionaba. era como si unas correas me apretaran los brazos y las piernas. sentía la presión adormeciéndome los dedos y sentía como mis venas crecían por la sangre que acumulaban. nunca había habido canción. sentía el chasquido de dedos más cerca y más fuerte cada vez. ¡Nunca había habido una canción! y los segundos parecieron adormecerse, parecía que el tiempo se había desmayado y se había golpeado la cabeza al caer. la mano se acercaba y su compás iba al tempo del silbido, de ese silbido que se clavaba en mis oídos, ¡Del silbido que entonaba esa maldita canción!, y los truenos de fondo no hacían sino crear un mejor clímax para un concierto de miedo y angustia. a causa del sudor sentía cada vez más frío. se quedaba pegado en mi piel y se enfriaba. me sentía al mismo tiempo febril, y sentí que quería despertar cuando sentí los dedos rozándome el cabello. los pude sentir por primera vez. eran como de un pianista, largos y huesudos, pero también sentía ese tacto viejo y áspero como el agua de un río en el que corren millares de cadáveres por las corrientes.

me retiró lenta, muy lentamente el trozo de tela negra que opacaba mi visión y descubrí que mantuve los ojos cerrados. algunas lágrimas se camuflaban entre el sudor de mi cara. las gotas de ambos fluidos corporales resbalaba por todo mi cuerpo. comencé a sentir un cosquilleo en la mejilla izquierda a medida que la canción se oía más fuerte. el silbido y los chasqueos eran más intensos, estaba en un momento álgido de la canción, en el final, yo sabía que era el final, ¡debía abrir los ojos! ¡debía ver qué pasaba para poder despertar! ¡Debía despertar!

abrí el ojo derecho y pude ver que la silla estaba desocupada. reprimí un grito que jamás hubiera sonado. el silbido era más jazzístico y más

prominente, más perturbador incluso. abrí el ojo izquierdo y observé cómo mi reflejo estaba a mi lado, mirándome con una sonrisa mientras silbaba, mientras chasqueaba los dedos manteniendo en su mano todavía la cinta de tela negra. me miraba directamente a los ojos y yo intentaba gritar. terminó la canción justo cuando abrí los ojos, envuelto en mis propios gritos y los sonidos de la lluvia y los saxofones y las trompetas sonando.

grité durante un par de minutos, apartándome las sábanas como si estuvieran ardiendo. me recliné en la esquina de la habitación tirando todos los muebles que hubieran de por medio. me tapaba los oídos pero la música no dejaba de sonar. me sentía asqueado por el sudor y mi voz comenzaba a resquebrajarse. el tipo de la habitación contigua golpeó la pared hasta que me hube tranquilizado, armonizando con la percusión de la canción que parecía interminable. se escuchaba un silbido de fondo acompañando la trompeta y me vino a la cabeza la imagen horrible de mi reflejo acompañado de una orquesta de jazz, sosteniendo la cinta negra, y mirándome. yo estaría en el público tomando una ginebra con soda y hielo.

sin quitarme las manos de los oídos, me acerqué a la ventana y la cerré. comenzaba a tener escalofríos. mi cuerpo temblaba como una hoja de papel. las paredes de la habitación se me echaban encima y se me hacía imposible salir. era como si estuviera de nuevo dentro del sueño, pese a que pudiera andar y moverme. me senté en la cama y respiré hondo, tratando de calmarme. comencé a pensar con tranquilidad. intenté llevar mi mente al desván, pero con los ojos cerrados. imaginar tan sólo que me estaba contemplando en un espejo me hacía temblar de miedo y me provocaba angustia. la cena que había comido en el hotel comenzaba a ascender por mi garganta. me imaginaba pálido, con mal aspecto. quería oler la madera humedecida y sentir el calor de la vela que siempre llevaba conmigo, pero pensé en llamar a alguien. me giré y vi el teléfono. era antiguo, negro y de ruleta. todavía escuchaba la música de fondo. recaí en ella y me puse más nervioso todavía. cogí el teléfono y rápidamente me lo llevé al auricular.

-Hola, soy el inquilino de la 302... – comencé a decir.

un mensaje automático en forma de voz de mujer me decía que las líneas estaban en una revisión y que si necesitaba algo no tenía que hacer más que bajar a recepción y hablar con el encargado de guardia. lamentaba las molestias. miré el reloj, eran las cuatro y media de la mañana. ya no iba a conseguir dormir. tenía una firma de libros a las nueve, a la que seguramente no acudiría. el trabajo era lo que menos me importaba en ese preciso instante en el que bajaba corriendo, en pijama y con las manos en los oídos por los siniestros pasillos en penumbra del hotel. el suelo estaba cubierto con una alfombra verde y el papel de las paredes era viejo, con grumos y de color beige. los pasillos estaban desiertos, todas las habitaciones eran silenciosas, como si fuera la única persona alojada en el hotel.

cuando contemplé desde las escaleras la recepción, frené en seco. aparté suavemente las manos de mis orejas para cerciorarme del hecho de que no oía música. sonreí al escuchar el silencio, tan tranquilo y relajante y que tan poco había apreciado a lo largo de mi vida. algo más sereno y tranquilo, fui hacia el mostrador. no había nadie y durante un segundo temí realmente que fuera el único en aquél hotel, junto con la horrible música. aguardé un par de minutos y una mujer mayor en uniforme, con gafas y un cigarrillo en la boca se puso frente a mí.

-¿Tiene algún problema? - preguntó.

-Verá, señorita. – aquello pareció agradarle, pese a que a mí me repugnara. – Hay algún maldito eunuco en la habitación contigua a la mía que está escuchando música demasiado alto. Yo necesito dormir, sabe.

-¿Puede decirme el número de habitación? – preguntó casi mecánicamente.

-La 302. Y espero que arreglen el cableado telefónico, he intentado llamarles y podría haberme ahorrado la angustia de venir corriendo hasta aquí en pijama.

-Sí, parece que se ha dado mucha prisa...

se agachó y sacó de debajo de la mesa una caja con un montón de sobres. se puso las gafas y comenzó a mover los dedos como una pianista, buscando el número 302. sacó uno de los papeles y lo leyó. luego me miró y volvió a leerlo.

-¿Es usted Charles Dubois? – preguntó.

-¿Quién iba a ser si no? Es una pregunta un tanto estúpida. ¿No puede darse más prisa? Mañana tengo que trabajar y necesito dormir de una maldita vez. – comencé a alterarme. la canción se había quedado pegada a mis oídos y la escuchaba repetirse una y otra vez.

-¿Charles Dubois? – volvió a preguntar. yo respondí, estupefacto e indignado. – Le imaginaba más alto, no sé porqué. Y más gordo. Los escritores como usted suelen estar gordos. Soy muy fan de sus primeras novelas, sabe. Pero últimamente... ¿Usted ha olvidado cómo escribir?

-¿Quiere usted llamar de una maldita vez a la habitación para que bajen el volumen de la música?

-¿Cómo iba a llamarle? La línea telefónica está cortada. Algún cuervo se habrá frito en los cables de alto voltaje. De todas maneras, señor Dubois, en esa habitación no hay nadie. Lleva años desocupada. Nadie la coge, no sé porqué. Será por las humedades. Ni siquiera ordeno a las limpiadoras que la arreglen.

no dije nada que pudiera empeorar la situación. sencillamente subí las escaleras, abatido. me tapé los oídos cuando la canción comenzó a sonar cada vez más cerca y entré en mi habitación. cuando me acostumbré a escucharla y me di cuenta de que siempre, cada cuarto de hora, se repetía la misma, bajé los entumecidos brazos. estaba en un extraño trance, acostado en la cama y con los ojos bien abiertos. estaba boca arriba para

no sentir mi propia presencia a mis espaldas. no podía sacar de mi cabeza mi reflejo, a mi lado, chasqueando los dedos y silbando la horrorosa melodía que estaba cerca de aprender de memoria. ¿Cómo había podido colarse ese irritante elemento en mi sueño, tan imperturbable? estuve hasta que el sol comenzó a esclarecer en mi ventana y hasta que dejó de llover tratando de responder esa pregunta, pero un pensamiento más inquietante vino acompañado de los rayos del sol. ¿Si no había nadie en la habitación, de dónde venía la música?

un escalofrío me recorrió la espalda. me levanté y observé la pared. había un cuadro de una mujer hawaiana tocando un ukelele en el centro. las paredes eran grises y aburridas. me acerqué lentamente, con pasos fantasmales, escuchando tras el muro cada vez con mayor nitidez, y miré hacia la puerta a la vez que acercaba el oído para escuchar mejor. hizo falta tan sólo que mi piel rozara el papel pintado para echarme hacia atrás. un aluvión de intensos sonidos inconclusos y distorsionados me hicieron abrir la puerta y correr por los pasillos, asustado. un hombre abrió la puerta justo cuando pasaba y me gritó que no hiciera tanto ruido, insultándome. yo no lo ignoré y fui directamente a recepción. la señora me miró con gesto cansado y me preguntó que qué quería esta vez.

-Hay alguien en la habitación. – le dije jadeando.

-No, no hay nadie en esa habitación. Necesita dormir.

-Escúcheme...

-No, escúcheme usted a...

-¡No, maldita sea! ¡Escúcheme usted! ¡Quiero que suba con la llave de esa maldita habitación y la abra conmigo para que escuche la música!  
¿Entendido?

me miró sin impresionarse por mis gritos.

-No voy a hacer eso. – respondió simplemente, en tono calmado.

-Muy bien, no me deja otra opción.

salté dentro del mostrador y aparté a la mujer empujándola. removí todos los cajones hasta dar con el armarito de las llaves. busqué desesperado, con el sudor bajando por mi frente y haciéndome cerrar los ojos la llave de la habitación 304. la encontré y cogí a la mujer por las axilas. la arrastré tratando de hacer el menor ruido posible, y a mitad de camino, cuando la música aún no era audible, consiguió liberarse de mis brazos.

-¡Le voy a denunciar, maldito lunático!

-Lo único que quiero es que me acompañe y lo escuche por sí misma.

no respondió así que la empujé delante de mí. caminamos hasta llegar al punto en el que comenzaba a ser audible. me paré y ella me miró.

-¿Debería escuchar algo? – preguntó.

no le contesté y seguí andando, algo confuso. llegamos a una esquina. al virar estaba el pasillo en el que se encontraba mi habitación. me volví a parar. traté de pensar. había escrito docenas de historias parecidas, en las que un tipo oye ruidos y cuando va a llevar a alguien a que los oiga por sí mismos no sucede nada. esa historia estaba ya escrita. me dejé caer al suelo, confuso y destrozado, cuando la mujer se adelantó con el ceño fruncido.



-Un momento... – dijo. - ¿Es un saxofón? ¿Es jazz? – me preguntó.

me levanté de golpe. me puse donde estaba ella y pude escuchar el saxo débilmente. sonreí ante la idea de volver a escuchar los mismos sonidos que horas antes habían provocado una psicosis en mi mente.

llegamos hasta la habitación y mantuve la llave en mis temblorosas manos. igual que en el sueño, volví a sentir miedo. me sudaban las palmas de las manos y mi cuerpo comenzó a temblar.

-¿Se encuentra bien, señor Dubois? – me preguntó la vieja encargada.

la miré, pero no le contesté. sabía que si veía lo que había dentro de esa habitación me iba a atormentar el resto de mi vida.

-No pregunte nada que no quiera saber.

tras unos agonizantes minutos, le devolví la llave a la anciana y le rogué disculpas por mi comportamiento. ella fue complaciente y se marchó con una servicial sonrisa. abrí la puerta de mi habitación y me acosté. logré dormir, soñé lo mismo que había soñado toda mi vida, sin miedo, pero no llegué a ver mi reflejo, con suerte. el despertador sonó una hora más tarde y me levanté. casi había olvidado lo sucedido en la larga noche. eran las ocho de la mañana. lo primero que recordé fue lo mal que me había comportado con la encargada. sentía unos profundos remordimientos. la música ya no sonaba. mientras me vestía, me convencí de que había sido tan sólo un producto de mi mal sueño, una alucinación trastornada. me cepillé los dientes y salí camino a recepción, con la idea de pedirle disculpas de nuevo rondando en mi cabeza. era lo menos que podía hacer.

caminaba por el pasillo y ya no resultaba tan lúgubre. me topaba con personas que subían arriba y abajo, arregladas o en pijama. el hombre que golpeaba la pared de mi habitación y que me insultaba me miró con recelo. llegué a recepción y busqué con la mirada a la anciana, pero en el puesto había otro hombre igual de mayor. me acerqué a él.

-¿Dónde está la anterior encargada?

-¿Se refiere usted a Agatha? Se ha marchado ya a casa, su turno terminó. – me miró de arriba a abajo. – Oh, es usted el señor Dubois. – asentí.- Agatha pintó un cuadro para usted y me dijo que se lo dejara en cuanto se fuera a marchar.

sacó un cuadro envuelto en un trapo y lo puso en mis manos. yo lo contemplé, extrañado. pasé la mano por el tacto casi sedoso del trapo negro. me resultaba muy familiar.

-A Agatha le encantaba pintar. – añadió el hombre. hablaba con cierta admiración hacia su persona. – Es una mujer excepcional, sólo pinta para personas que realmente cree que puede enmarcar. ¿Eran amigos?

-No... No exactamente... – respondí, acariciando el tacto del trapo.

-¿Amantes, quizá? – pareció preguntar con miedo a saber.

dejé caer el trapo al suelo y cuando contemplé el cuadro mis manos fueron tan resbaladizas que cayó también. estaba paralizado, de pronto. no podía apartar la vista de la pintura, excepcional. toda la música volvió de nuevo a mi cabeza. el sueño, el silbido, el chasquido de los dedos huesudos y viejos. el cuadro era de una habitación. la puerta estaba entreabierta y podía leerse el número 304. había una cama y un armario, igual que la mía. el teléfono era negro y las paredes grises. todo era igual, incluso afuera llovía. pero en el centro de la sala, justo en el centro, había un espejo, el mismo espejo que yo veía en mis sueños. estaba

ligeramente torcido. reflejaba una gramola de la que podía sentir brotar el jazz, y de fondo, en el cuarto de baño, una mano de dedos huesudos sujetaba el mismo trapo negro que la anciana había usado para tapar la pintura. había algo ciertamente grotesco en ella. algo que gritaba. algo que no se podía mover. era yo.